

LIBROS

Manuel Longares: Tiempo de corsé

El corsé, fácil es verlo, tiene mucho de prisión. Su misión última es encerrar la carne gozosa tras una infernal maquinaria de tela y acero. Pero, además, como la mismísima cárcel, está repleto de hipocresía social: sirve para dar una buena imagen al mundo exterior, pero la proyección va por dentro. Sus efectos son limitados; no hay más que ver cómo los trapos superpuestos han de esforzarse por disimular los desbordados sobantes que, por arriba y por abajo, se producen a causa de esta presa intrusa. Por lo demás, el buen palmito que produce es, por así decirlo, de índole coyuntural: basta con aflojar ballenas, cintas y corchetes para que la Naturaleza reclame sus legítimos y las aguas libres vuelvan a su cauce. Por todo esto, hacer una novela del corsé suponía hablar bastante de cadenas y mentiras, de prejuicios y libertades.

Supónganse ustedes que metemos a todos los escritores de una generación dentro de una estancia y, mediante magias secretas, les obligamos a escribir la novela de su tiempo y su drama personal a base de líneas o párrafos alternados. Imaginense ustedes a Clarín, a Galdós y a la Pardo Bazán escribiendo la novela del anticlericalismo. O a Baroja, Valle-Inclán, Unamuno y Machado pasándose la pluma para sacar al mundo la novela de la decadencia de España. Esta novela quinquiescencia, esta síntesis apretada de muchos miles de páginas, podría ser luminosa, aterradora o desconcertante, pero, en todo caso, no dejaría de ser un auténtico tesoro cultural.

Bueno, pues hay quien ha metido en este castillo de irás y sí volverás a una serie de escritores que respondían a los nombres de Carmen de Burgos "Colombine",

Felipe Trigo, Pedro Mata, Eduardo Zamacois, Alberto Insúa, Hoyos y Vinent, José Francés, Jacinto Octavio Picón y varios más, reos y abogados de los mismos delitos. Los ha encerrado, decíamos, y les ha hecho escribir "La novela del corsé" (1). Claro

que como se negaban a llegar a un consenso definitivo, Manuel Longares ha tenido que ayudar bastante.

Los citados caballeros y señoras (no Manuel Longares; los anteriores) cultivaron un género llamado galante, allá en los tiempos de la "Belle époque", que como en España no hubo primera guerra mundial, se prolongó hasta los años treinta, cuando vinieron los disgustos y las alegrías para las dos Españas. Cuando los

pantalones y el mono sustituyeron, durante bastante tiempo, al corsé de nuestros pecados; pero eso es ya otra historia. En fin, la generación de lo verde, a caballo entre el "Roman courtois" y el género rosa, se dedicaron afanosamente a escribir novelas para un público femenino de clase media. Por razones comerciales se colocaron a su lado en sus desdichas y con actitud muy galante —y a lo peor un poco interesada—, se dedicaron a darse gol-

El pecado capital de V. M. R.

UNA de las fundamentales características que nos ofrece Victor Márquez Reviriego —que también su segundo apellido le corresponde literariamente...—, en sus semanales crónicas cortesanías, es el humor irreductible. No un humor que se refocila en el pecado del sarcasmo corrosivo, que insiste con su destemplado bisturí en el epicentro de la herida para hacer leña del árbol muerto o requebrar —en inversión de contenidos— a favor de la corriente con vistas —sin duda, eso es lo que hacen otros— a la vuelta a la plaza y en hombros. No es, no resulta así, el humor de Victor Márquez Reviriego. Insiste el cronista cortésano, semana tras semana, en un humor patetado desde la amabilidad y la sana costumbre de sonreírse, ante los ademanes impasibles, sin estridencias ni alharacas: un humor que encuentra en su recorrido la palabra o el concepto exacto en el exacto momento en el que hay que encontrarlo.

Dentro del cotidiano absurdo que se cuece en este país, que no da mucho más de sí que lo que pretende sacar de nosotros (seriedad cuando no la debe demostrar, coquetería cuando nadie la ha pedido y casi siempre tristeza y ruina), la prosa de Victor Márquez Reviriego, envuelta en las volutas siempre jóvenes del sentimiento cómico de la vida, resulta poco menos que rara avis en el zoológico celtibérico.

La columna semanal de Victor Márquez Reviriego resulta

así otra cara del "triunfo", que deviene no sólo refrigerio reconfortante —ante las diarias madalenas para el desayuno de otros columnistas cuya aspiración final está más en ser conocidos y populares que en escribir bien—, sino un prodigio de atrevimiento y osadía, en la medida en que es directa continuación de una de las más interesantes tradiciones de este país: parodiarlo hasta —y sobre todo en— la cúspide. Costumbre que, por desgracia, el estrellado polvo del general Franco parece haber erradicado para sumarnos a todos (izquierda, derecha, centro y media vuelta) en una tristeza carpetovetónica que nos crece desde la piel hasta el alma en elefantiasis irreprimible; tristeza

que nada tiene que ver con la otra cara —tal vez por alegre, la más oculta— del risueño ingenio de la historia del país.

Hoy, agrupadas en libro las crónicas de ayer —El pecado consensual (1)—, exprimimos con más calma y seguridad el humor cortésano que Victor Márquez Reviriego nos sirve semanalmente en las páginas de TRIUNFO. Hoy, más que ayer —pero seguramente menos que mañana—, estudiamos con imposible sonrisa la logomaquia cortésana de los padres de la patria, las diatribas, las citas, las efemérides de la lenta construcción de un nuevo Estado que todos esperamos que pronto termine de edificarse, en evitación definitiva de tantos accidentes innecesarios, gajes del empleo de ciudadanos que todos también sufrimos más que disfrutamos.

Por eso, el pecado de apuntar los parlamentos de sus señorías resulta, aún si cabe, mucho mayor que el que deviene del propio ejercicio parlamentario: "Es natural que a la tentación —canovista— siga el pecado...", escribe Márquez Reviriego y termina señalando al futuro-presente: "Y al pecado la penitencia". No cabe duda: en las crónicas reviriegas una penitencia que será —es— tan cómica como la tentación y el pecado de los adanes de la patria. ■ J. J. ARMAS MARCELO.

(1) El pecado consensual, de Victor Márquez Reviriego. Argos Vergara, 158 páginas. Barcelona, 1979. 160 pesetas.

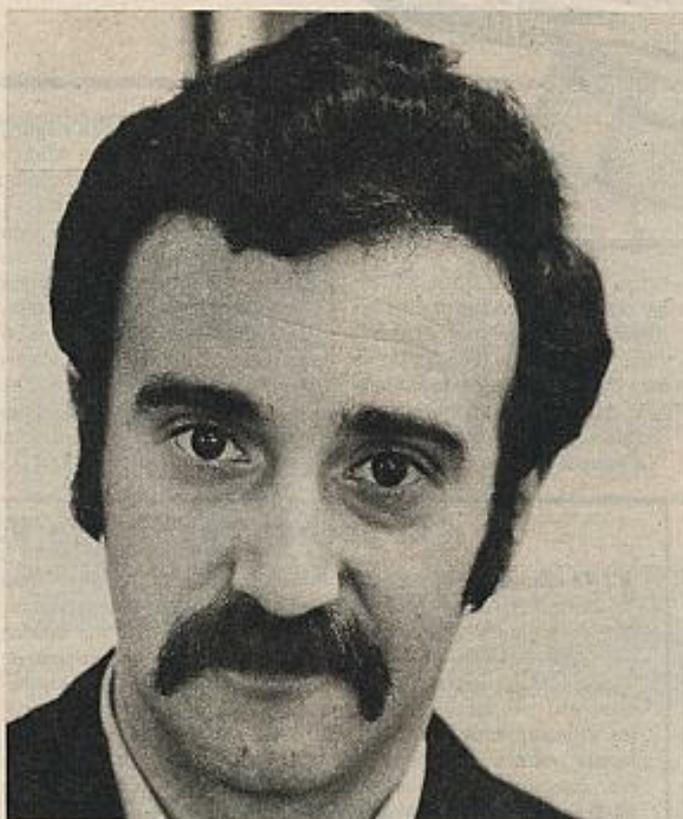


pes de pecho por la maldad y el abuso que los varones hispanos se permitían con ellas. Es decir, salvo algún caso de feminista convencido, la mayor parte se aplicaron, entre transporte amoroso y descripción de mejillas de melocotón, a mendigar lacrimosamente una oportunidad para las doncellas nacionales, víctimas de una poco "aggiornada" tradición africana.

Se preciaban de conocer a las mujeres y gustaban de describirlas muy predispuestas a la pasión amorosa, lo que habrían llevado a cabo —según escribían— de no haber existido las trabas sociales que lo impedían. Y aquí fue ella, porque tras ser verdad, la cosa se convirtió en catecismo de tirtos y troyanos. Los hombres, a escondidas, compraban y leían sus novelas y hasta hubo tiernas doncellas que saqueaban la biblioteca paterna en busca del fruto prohibido. Pronto la opinión pública señaló a los culpables: los varones testarudos y reaccionarios; la madres anticuadas y quizá un poco envidiosas de la juventud de su hija; los arcaicos tabúes sobre la virginidad; los usos y costumbres que hacían de la coquetería y los mohines, el camino más corto para la dominación femenina, etc.

Bien se comprende que efectuar este interrogatorio selectivo a una generación de autores que dejaron su testimonio por escrito, es algo que exige un trabajo impropio. Hay que leer varias docenas de sus novelas y extraer centenares de citas. Y ésta es la primera cualidad del libro de Longares: la ingente cantidad de trabajo que hay en él. Puedo testificar y testifico que han sido siete años los que se ha llevado este libro; siete años dedicados a una impresionante labor de investigación y, sobre todo, a la paciente acción de hacer y rehacer originales. Decir esto en unos momentos en que se tiende a escribir un libro de ensayo en tres meses y una novela en veinte días, representa por lo menos algo insólito que convierte a "La novela del corsé" y a su autor en un extraño y solitario hombre de las nieves de nuestro panorama cultural.

Pero es que, además, el resultado no desmerece de la labor, porque, señores, el libro de Longares está muy bien. Yo no sé si será apreciado, si se venderá o no se venderá, pero lo cierto es



Manuel Longares nació en Madrid en 1943. En 1965 se licenció en Derecho y dos años más tarde comienza su carrera como periodista: trabaja, sucesivamente, en "El Europeo", "Cambio 16" y finalmente en la revista "Historia 16". Paralelamente, realiza una carrera literaria que comienza con la novela "El enfermo" y continúa con su antología "Pío Baroja, escritos de juventud", a la que completa con largo y bello prólogo. Tras "Azorín, el sacrificio de José Martínez", publicado en 1973, no había vuelto a sacar a la luz ninguna otra obra hasta la presente.

que se trata de una obra valiosa en sí misma y que puede calificarse de ejemplar. Plena de sentido del humor, desbordante —ya queda dicho— de toda la documentación imaginable, coherente consigo misma y sólida. Y por si fuera poco, muy bien escrita, con un agriplúce estilo entre realista y barroco, que llega a ser una casi droga literaria: una vez que se ha bebido, en la suficiente medida, es difícil abandonar.

Gracias a este discurso sobre el corsé nos enteramos que los caballeros que votaban a Cánovas y Sagasta, a Maura y a Canalejas, practicaban en sus hogares una violenta tiranía, de la que eran los primeros en salir escaldados y debían marchar a otros lugares donde, según rezan los capítulos de la novela, hubiera quien les sirviera de "Sinapismo del priapismo", es decir, cataplasma benéfica de los ardores del bajo vientre; porque, con la experiencia, ha descubierto que "hacer el amor se paga" o, al

menos, hacerlo con arreglo a sus propias leyes. Con ellos, sus pobres mujeres, involuntarios herosmos del drama freudiano, padecieron la ignorancia impuesta porque "Ojos que no ven" no son puerta de tentaciones, fueron educadas en la creencia que un excesivo conocimiento del hombre, antes del himeneo, acaba mal: "El contacto desconecta", dice Longares en el tercer apartado, y aún nos redundaba en el cuarto, que aun dentro del matrimonio, la pasión se va y queda "El amor perdido y no hallado en el templo".

Cárceles e hipocresía, mentes pequeñas, intransigentes y malignas, es el tema de "La novela del corsé", aunque en algunos momentos pudiera parecer otra cosa. Es una imagen de España que no por frívola escapa fácilmente a su vocación solanesca, hortera y desgarrada. ■ RAMIRO CRISTOBAL.

(1) La novela del corsé, de Manuel Longares, Editorial Seix y Barral, Barcelona, 1979.

Los Cuadernos de Educación Popular

Lo del Chile de la Unidad Popular fue algo verdaderamente serio, por algo acabó como acabó. Con todas sus insuficiencias, contradicciones y errores, se intentó llevar a cabo una auténtica experiencia que pretendía el cambio social, guardando las reglas de la democracia imperante; o sea, lo que en otras latitudes designan, no sabemos con qué grado de deseo y convicción, como "socialismo en o con libertad". Para ello se quería por parte de quienes se esperaba fueran los beneficiarios de la nueva sociedad deseada —proletariado, subproletariado, campesinado, pequeña burguesía alineada con esos sectores— una buena dosis de participación en el proceso de cambio y un elevado grado de movilización popular. Una cosa, como otra, exigía existiera, tanto una buena formación, como una óptima formación ideológica y militante. O sea, algo muy diferente a lo que viene sucediendo en nuestra izquierda parlamentaria, donde la gran mayoría de los que no pertenecen a la burocracia dirigente —y no lo digo peyorativamente— es muy posible que desconozcan programas, estatutos, presupuestos ideológicos, etc., sobre todo si son nuevos militantes, o si no autoactúa un estimulante de raíz personal.

Con estos fines se desarrollaron en Chile durante los tres años de la Unidad Popular, e incluso antes de las elecciones que le otorgó el fantasma del poder, un apretado programa de actividades. Los partidos de izquierda emplearon numerosos recursos para conseguir esta meta. Notable fue la aportación de la Editorial Quimantú, de la que salió, además de una gran cantidad de literatura y de producción ideológica de acuerdo con los cánones clásicos, unos singulares comics que explicaban desde el programa de la Unidad Popular, a qué y cómo se debía actuar en la vida cotidiana, y los conocidos como Cuadernos de Educación Popular (1) realizados por Marta

(1) Marta Harnecker: Cuadernos de Educación Popular. 1.º Explotados y explotadores. 2.º Explotación capitalista. 3.º Capitalismo y socialismo. 4.º Socialismo y comunismo. 5.º Clases sociales y lucha de clases. 6.º Imperialismo y dependencia. Ed. Akal, Madrid, 1979.